

Primera Parte

I

“No tengo claro si será un guión de cortometraje o de película. Dependerá de lo que dé de sí la trama, aún está muy en el aire y dudo sobre qué formato le iría mejor. Tengo muchas ideas, algunas creadas expresamente para este proyecto, otras recicladas de escritos que he ido acumulando durante años. Hasta los grandes lo hacen. Tengo carpetas en las que rebosan esbozos, proyectos de personajes que murieron antes de nacer. Nunca tiro nada, y no es por prepotencia. Considero que mucho de lo que conservo es una auténtica basura. Pero lo guardo todo, no se sabe cuando una mala anotación será el inicio de algo serio.

“Cuando me invade una buena idea, estoy perdido. Si me gusta, si creo que puedo extraer algo bueno de ella, no dejaré de sentirla dentro de mí hasta que consiga plasmarla en un folio. Es como una enorme piedra de granito, invisible, con la superficie cubierta de aristas que se clavan en mi espalda. La tengo que cargar siempre auestas, la debo transportar allá donde vaya, esté tranquilo en casa viendo la televisión, de fiesta con los amigos, noto su peso que me impide realizarme, sentirme relajado. Aunque lleve mi vida al día, aunque nada me preocupe, está esa idea que sólo es eso, una idea, algo que nadie más conoce. Esto me produce desazón, soy responsable de darle forma y rescatarla de la nada que es, soy el faro de los personajes que hace unas semanas no existían pero que ahora sus destinos dependen de mi dedicación a ellos. Es un peso terrible, pero si consigo salir adelante con la idea y llega a ser tal y como me había propuesto, entonces me siento tan orgulloso que no puedo expresarlo con palabras. Sin embargo, es una sensación que no perdura pues no tarda en aparecer otra roca que me mantiene atado al suelo y me impide elevarme a través de lo que pasa por mi cabeza. No me hagas caso. Debes estar preguntándote dónde te has metido conmigo.

“Lo único que tengo claro es el inicio. Después ya tengo pensado por donde puede deambular la historia pero las dudas argumentales crecen a cada tramo que se avanza, un paso abre infinitas alternativas, admite tantas posibilidades que el horror a no terminar hace acto de presencia, horror que se combina con la tristeza de despedirte de los personajes con los que se ha convivido durante tanto tiempo porque desapa-

recerán cuando no tenga nada más que decir sobre ellos. Es extraño, encontraría normal que no entendieses lo que te explico. Si te aburro no se te ocurra no decírmelo, cuando empiezo a hablar de este tema no veo el momento de parar. Sabes que no soy muy conversador, pero esto es distinto. A veces me escucho y pienso que estoy loco. Sí, tú riéte, tendrás que tener paciencia para estar conmigo y soportar mis delirios creativos.

“Sólo tengo visualizado el inicio. La escena nace en la puerta de un bar. El poco campo de visión no permite apreciar si está repleto de gente o vacío. El espectador sabrá que es un bar porque en el margen izquierdo de la pantalla se vislumbra el final de una estantería sobre la que descansa una hilera de botellas. La puerta se abre y entran, primero ella, después él. Los dos rondan los veinticinco años. Cuando cruzan el umbral él se gira y mira hacia el exterior como si huyesen de alguien. La cámara permanece estática mientras un *travelling* horizontal les acompaña de la puerta a la barra. Se sientan y juntan sus manos con una mirada de complicidad. En ese local estarán tranquilos.

“Nadie les atiende tras la barra. La canción que se escucha, una cualquiera, no es importante, finaliza y se crea un espacio de silencio que precede el inicio de la siguiente. Es una composición extraña, un ruido de fábrica mezclado con gemidos y sonidos de la naturaleza. La pareja mira hacia lo alto como si buscase el lugar del que proviene el sonido. La cámara entonces realiza un segundo *travelling* que comienza cuando los chicos se giran hacia la pista de baile. Siguiendo su mirada, se nos muestra lo que tienen frente a ellos desde su punto de vista. Un grupo de gente, unas quince personas que han aparecido desde ninguna parte se contonean al unísono, siguiendo el mismo patrón de baile. Es una danza absurda, acompañada pero anárquica, imposible. Alzan un brazo y tensan una pierna, giran sobre sí mismos y juntan las manos como si rezasen, una coreografía esperpéntica.

“En el fondo de imagen se encuentra una puerta trasera. Está al final del mostrador, escondida tras unas cajas de envases, y permanece entreabierta lo justo para que se aprecie que tras ella unas escaleras conducen a un piso superior. Nunca depararán en esa entrada pero durante un breve lapso de tiempo la cámara enfocará fugazmente hacia ella para que el espectador, y no ellos, la vea. Así termina la escena. La imagen regresa de la pista a la barra y en su recorrido transita frente a la puerta de la calle que se está cerrando, alguien la acaba de atravesar. Este detalle no se entenderá hasta que se enfoque de nuevo la barra. Los asientos donde estaban sentados los dos están vacíos. Son ellos quienes han marchado. La cámara vuelve a esta entrada en la que se inició todo, parece que quiera seguirles. Pero está cerrada. Demasiado tarde. Fundido en negro y títulos de crédito.

“Quiero transmitir la angustia que sienten estas dos personas que están solas ante el mundo. Sólo se tienen el uno al otro en un ambiente hostil. Huyen de algo, deambulan sin rumbo y cuando creen haber encontrado un oasis de tranquilidad, algo momentáneo que les permita recobrar fuerzas, enseguida descubren que no, que se encuentran en un lugar igual de extraño o quién sabe si aún más peligroso. El baile es un claro ejemplo. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, qué pasos seguir, todos conocen su papel menos ellos. Están perdidos.

“Con la puerta trasera trato de representar la alternativa inesperada. Continúan la huida regresando al lugar del que habían partido. No tanto avanzan como se pierden en un círculo que les atrapa. Está esa puerta medio escondida tras el mostrador. Nadie en su sano juicio diría que sería inteligente entrar en esa boca del lobo. ¿O sí? Es la solución errónea que siempre será mejor que volver al punto de partida. Retroceder es fracasar, admitir la impotencia de no encontrar nada mejor. A veces esas puertas están demasiado escondidas y lo fácil es seguir el camino conocido. Como sea, no pienso volver a hacer referencia a ella en el guión. Han tenido su oportunidad y la han dejado marchar. Aparecerán otras, pero esta la han perdido. Si era la buena, si era la única que les iba a salvar, acaban de cometer un gran error.

“Dime. ¿Qué te parece?”

Las raíces del sueño florecieron en las ramas marchitas de un arbusto árido. El desierto onírico de hojas secas se inició con los pasos de Aurora abandonando su puesto de trabajo en horario laboral sin miedo a repercusiones, expuesta en plena luz del día a que cualquier jefe la viera deambular sin motivo que justificase su ausencia. Atravesó la calle en diagonal y entró en la tienda de la esquina opuesta, un almacén oriental en el que se podía encontrar un abanico de formas y colores esparcidos en objetos de todo uso y condición. Recorrió los estantes en busca de algo. Ya despierta no recordaría ningún producto que observase o tuviese entre las manos ni la finalidad de su curiosidad. Sólo quedarían en el exiguo recuerdo retazos de largos pasillos con envases hacinados sin orden. En cuclillas, cuando consultaba una sección de precios y etiquetas que no abandonarían el terreno de la incógnita, se situó Rosa a su lado, compañera de departamento. La mujer le hizo un guiño y se llevó el dedo índice a los labios. No te he visto; tú a mí tampoco.

Entonces apareció el jefe, Juan Luis, que al igual que ellas estaba en la tienda como ya había regresado a la oficina, que las dos compañeras cruzaban apresuradas una de las entradas de servicio de la empresa. Avanzaron por los distintos departamentos de la sucursal entre compañeros que las miraban con indiferencia, uno de ellos el mismo gerente, Aurora recordaría que Rosa llevaba el bolso porque lo lanzó a una esquina con la esperanza de que Juan Luis no sospechase la huida previa. El pasillo que unía dependencias, de ordinario recto y aburrido, era ahora un complejo entramado de túneles oscuros que comunicaban entre sí, tramas enrevesadas en las que Aurora corría sin moverse, veía su mesa pero por mucho que se esforzaba no la alcanzaba, el aliento del jefe cada vez más cercano, sus pasos, su mirada distraída que pronto se encontraría con las fugitivas.

Consiguió situarse en su puesto cuando faltaban dos minutos para las tres. Debía darse prisa en recogerlo todo y fichar si quería llegar a tiempo al trabajo de la tarde. Antes de acceder al reloj de marcaje, consultó el correo. Se volcaron cuatro mensajes nuevos. El primero, información de ámbito interno, algo referente a una actualización legislativa. Después, un virus publicitario. Tercero, un mensaje de dónde te encuentras, perdida, de su amiga Eva. Este dato lo recordaría entrada la tarde, después de dar tantas vueltas al último que cayó del servidor, de remitente 'Jaime y Lorena te envían un vídeo'.

Aurora, ya en la dictadura de la realidad, camino de aquí para allá, recordó que en el sueño no se sorprendió cuando leyó el origen del archivo. Muchas veces había recibido correos de Jaime y estaba acostum-

brada a temer que fuesen su nombre y apellido (Jaime Roca) los que apareciesen en la bandeja de entrada. Sin embargo, no deparó en lo extraño de la nueva denominación ni dudó de la identidad del emisor. Él. Después de dos años y medio sin tener noticias. Y con la inseparable Lorena, su mejor amiga desde la infancia. ‘¿Te envían un vídeo?’

Abrió el archivo adjunto. Jaime aparecía de pie. Miraba a cámara y sonreía. Aurora lamentaría no recordar el entorno en el que se hallaba. Por algún motivo le venía a la memoria una chimenea y un armario de estanterías ahogadas en libros. Una voz en off (Lorena, tantos años y la había reconocido al instante) explicaba lo que iban a presenciar, la vida de (una introducción que añadir al listado del olvido), en resumen, Jaime, la vida de Jaime. En el reproductor de la pantalla se sucedían imágenes de un niño en una guardería, bata de cuadros verdes y blancos, sentado en el suelo mientras formaba palabras con cubos de letras. No importaba que sólo hubiera visto una o dos fotografías de aquella época, Aurora supo que era él. Las imágenes se intercalaban, primeros con medios planos, Jaime mirando a cámara riendo, un crío pizpireto, un encanto de criatura ante el que Aurora no pudo menos que sonreír.

Las tres. Debía marchar corriendo. Situó el cursor al final del documento para ver cómo acababa la filmación. Contuvo la respiración. Lo último que Aurora había sabido de él, unos ocho meses atrás y a través de una amiga común, era que tenía novia desde hacía año y medio, que les iba muy bien, que se habían enclaustrado como todos los recién enamorados. Jaime aparecía en el mismo lugar, decía algo (olvidado al despertar) y la imagen se fundía en negro. Parecía que todo acababa pero entonces volvía a aparecer de nuevo, en el mismo sitio, pero no era continuación, se trataba de tomas falsas de la grabación, momentos en los que se le escapaba la risa, se le trababa la lengua, la cámara debía dejar de registrar.

Aurora, aún en el sueño, ya en la calle. Era de noche (¿a las tres de la tarde?) y no iba a ningún trabajo sino a casa de su compañera Silvia. Llevaba la grabación en la mano, cosas de los sueños. Dos ideas centran su pensamiento. Jaime seguía igual, sólo alguien que se quería tanto a sí mismo sería capaz de edificar semejante monumento a su propia imagen. Un documental de su vida, al más puro estilo del artista que busca satisfacer la atención de sus admiradores. Por otro lado, y aquí estaba el quid de la cuestión, la gran duda. ¿Cuántos minutos de esta grabación estarían dedicados a ella? ¿Qué imágenes aparecerían? Ni se planteaba que no apareciese mencionada, sabía que en otra época fue muy importante en la vida de él. Pero, ¿hasta qué punto aparecería reflejada esa importancia de antaño? ¿Qué diría Lorena de ella? ¿Qué diría él?

Cada vez hacía más frío. Iba sin chaqueta, a quien se le ocurría, de noche y con el frío gélido que había anunciado la radio. Cogió el móvil y llamó a Susana, otra compañera. Le parecía recordar que habían quedado en casa de ella, no de Silvia. Así era. Susana rió, dónde tendrás la cabeza. Aurora se agobiaba, cada vez tenía más frío, la filmación quemaba en sus manos y, para colmo, no sabía dónde estaba ni, por ende, cómo llegar a casa de Susana desde allí. Demasiado complicado, sólo pudo despertar, o acaso ya llevaba minutos mirando el tope situado en el suelo tras la puerta.

Encendió la luz y cogió una chaqueta de pijama que tendió sobre el edredón. Se sentó en la cama, bostezando y con la mano sobre los ojos consultó el reloj de la mesilla. Las seis y cuarto de la mañana. Con un poco de suerte podría dormir veinte minutos más. Se tumbó y acurrucó. Qué frío, ya lo había anunciado la radio.

Entonces recordó el frío que tenía en la calle, sin chaqueta. Y a dónde iba, con quién acababa de hablar por teléfono, de dónde venía. Lo que llevaba en la mano. No pudo volver a dormir. Apagó el despertador un minuto antes de que sonara. Mientras se duchaba, fue añadiendo al sueño tantos detalles como pudo. El locutor, tras la cortina, vaticinó la llegada de un nuevo frente. Más frío. Veintiocho de enero. Feliz lunes.



Durante el desayuno, manos abrazando la taza caliente de café, Aurora compartió el sueño con Silvia y Susana, secundarias indirectas de la historia. La conversación, que se había iniciado como las de los últimos días con la planificación del viaje de Susana y su marido a Francia, acabó por derroteros muy distintos. Ambas celebraron la incursión en terreno onírico ajeno y coincidieron en lo extraño del conjunto. Ninguna de las dos sospechaba la angustia que había renacido en Aurora. A la última pregunta formulada en el sueño le había dado un nuevo matiz. Respecto a la relación que mantuvieron, ¿qué habría dicho él? Los últimos meses, obviando la insignificante recaída de las noticias que le dio Amparo sobre la nueva pareja de Jaime, habían sido un bálsamo de tranquilidad, un remanso en el que el pasado no dolía, la soledad casi era preferible y Jaime era un rostro más de otra vida, otros tiempos de risas y luz. Ni atisbo de dolor, todo lo que pudo sufrir por la ruptura lo había hecho durante los años vacíos que siguieron al adiós. No cabía más.

Muchas veces amenazó Aurora con el final de la relación. En no pocas ocasiones planteó la ruptura sin tener verdaderos motivos para provocarla. Era una necesidad vital que transitaba por senderos que no entendían de una felicidad que no necesitaba ser explicada. Era aquella chica una Aurora segura y confiada, de inconformismo impertinente y rebuscado, una persona que necesitaba motivos que definiesen este bien-

estar, argumentos que, detallados punto por punto, redactasen con frialdad los pormenores de la llama del amor que daba calor a sus vidas. Tras el epílogo, el dolor se alió con la sensación de vergüenza ante esa actitud prepotente que sólo podía entender quien creyese en un para siempre sin reservas ni condiciones. Los años calmaron inquietudes, ajustaron deseos imaginarios y reales y serenaron una búsqueda que acaso nunca olvidó la debilidad que la provocaba. No quería encontrar nada pues nada le faltaba a lo que tenía con Jaime. Y tuvo que perderle para darse cuenta del error de las muchas veces que puso a prueba la paciencia de su pareja. Pues frente a todas las veces que amenazó y situó su unión contra las cuerdas, él sólo necesitó una. Las rocas del dique que contuvo las embestidas de Aurora sólo cedieron una tarde de aguas tranquilas, de suave oleaje. Cuando el mar había perdido su descaro, su ferocidad innecesaria, las piedras se quebraron y a través de las grietas una voz que nunca anunció sus intenciones susurró un hasta siempre que fue definitivo, el primero y el último, nunca hubo un aviso previo si es que las amenazas de ella no fueron claras advertencias de lo que acabaría sucediendo que se pronunciaron con una voz equivocada.

No le gustaba recordar la última escena de la película. Me pasa que cuando estoy contigo quiero seguir a tu lado pero cuando estamos alejados no encuentro motivos para seguir con nuestra relación, fue el epitafio escogido por Jaime. A mí me sucede justo lo contrario. Cuando estoy contigo me planteo demasiadas cosas, cuando no estamos juntos quiero volver a tu lado, fueron las orgullosas aunque sinceras y proféticas últimas palabras de ella.

Así, para sorpresa de todos, ella la primera, la Aurora independiente dio paso a una muñeca a la que habían seccionado las cuerdas del guiñol. Descubrió que no sabía estar sola. Con el tiempo comenzarían tímidos intentos de iniciar lo mismo con alguien distinto. En algunos casos, la mayoría, fueron pruebas desesperadas, ilusiones condenadas al fracaso desde antes de comenzarlas. No exigía otro Jaime, eso hubiese sido fácil de catalogar en alguna patología sentimental que hubiese encontrado en tratados de psicología. Su problema era distinto. Miraba con lupa los defectos del candidato, cualquier error era catalogado como fatídico, pecado mortal, sin posibilidad de regreso. Tacañería, prepotencia, una risa demasiado frecuente, conversación aburrida, cualquier detalle era válido y suficiente, no importaba que fuese un islote perdido en un océano de virtudes, la sentencia estaba escrita y sellada. Ninguno, jamás, pasó la prueba de la segunda cita, su presencia acostumbraba a ser un estorbo desde un momento tan inicial que ella era la primera en reconocer lo injusto y absurdo de su postura. Para complicar más las cosas, en las comparaciones el recuerdo de Jaime se magnificaba por

contraste, sus defectos resultaban deliciosas imperfecciones si se reflejaban en los errores de los nuevos pretendientes. El único tema de conversación que conseguía animarla y mantener una charla distendida era cuando hablaba de su época con él y la inmediata posterior a la ruptura, eso cuando no sacaba a relucir lo peor de sí misma para ahuyentar cualquier posibilidad, por remota que fuese de que el pobre que estuviese sentado a su lado albergase intenciones ocultas de continuidad. Se consolaba pensando que con esta presión añadida a quienes pasaban fugazmente por su vida no hacía daño a nadie. Su desinterés o muestras sinceras de falta de atención eran fáciles de detectar hasta por el más despistado de los candidatos y en no pocas ocasiones calculó en vano las excusas que daría para rechazar una invitación a perpetuar los encuentros porque esa llamada no llegaría. Lo inútil de las miradas furtivas al móvil de antaño esperando ver una toma de contacto de Jaime se tornó en la satisfacción de comprobar el vacío de llamadas o mensajes.

Otras dudas decoraban las paredes de estos desencuentros. ¿Y si estaba dejando escapar a alguien que la convenía? ¿Y si la venda translúcida que le cubría los ojos no dejaba pasar las sombras de un acierto? Déjate llevar, le decía su entorno. Déjate llevar y disfruta, si sale bien fantástico, si no puerta, qué problema hay. Pero no era tan fácil. Miedo al compromiso, decían otras voces. Tienes miedo al compromiso. Pero eso era mentira, se moría de ganas de comprometerse, aunque sólo con una persona. La balsa de aceite en que se había convertido su vida sentimental producía en determinados momentos el agobio y miedo que la soledad traía de la mano. Pero la desazón de las compañías casuales que la vida le proporcionaba la desestabilizaban aún más, deseando volver a flotar sobre un bote de maderas a la deriva en la balsa dormida. Estaba condenada a la soledad que ella misma se imponía. Y todo, de alguna manera, se lo debía a Jaime. Y no se lo perdonaba, y en el fondo de su subconsciente deseaba que no se hubiesen conocido nunca.

Lo que más miedo le producía era la certeza derivada de la lógica y los comentarios que había escuchado de saberse no ser la última ex de Jaime. Otras la habían sucedido y relegado al simbólico papel que tendría en la vida actual de quien fuera su chico, rol de importancia inversa a la que jugaba él, sin mérito alguno, en la vida de ella. Se había encerrado en una trampa que sólo ella se había tendido. Aurora sabía que el Jaime que recordaba estaba supeditado a la imagen inventada del vídeo. La imagen que el desamor y la distancia habían difuminado se perfilaba de nuevo con todo lujo de detalles a través de los colores del niño de pelo rizado que formaba palabras con cubos de letras, el adulto que miraba a cara sonriendo, que reía de sus errores, que seguía siendo capaz de arras-

trar a Lorena a hacer lo que él quisiese, aunque se tratara de algo tan impropio como este documental.

En el trabajo de la tarde, también administrativo, contabilidad y números de aburrimento mortal, continuaron los efectos del sueño. A esta media jornada le dedicaba menos horas que a la de la mañana y sería por eso que el trato con los compañeros, sin dejar de ser cordial, no pasaba de temas laborales. Nada sabían de Jaime, ni estando juntos ni en la crisis ni después de esta. La oficina era un pequeño espacio del universo en el que por muy alterado que estuviese su interior siempre encontraría estabilidad externa, por mucho que se hundiese su vida no faltaría esta tabla de salvación para pensar que todo seguía igual. Esta tarde no dio importancia a las consecuencias oníricas ni a sus reminiscencias, sabía que como Jaime había reaparecido sin ser invitado marcharía sin hacer ruido, era cuestión de horas. Pequeñas anécdotas del sueño habían quedado olvidadas para siempre, como el gesto de complicidad de Rosa al encontrarse en la tienda, la inmediata irrupción del encargado en ella. Sin embargo, otra vivencia anterior avanzó puestos en el curso de la memoria. Durante meses, pasado el periodo de sensibilización, Jaime y Aurora mantuvieron una correspondencia esporádica pero constante. Cada cinco o seis semanas uno escribía al otro (generalmente era él quien daba el primer paso, dato que aunque a ella le producía una angustia cada vez que abría el correo, la fortalecía en su interior aún dubitativo, sin ser del todo consciente que sucedía justo lo contrario) y se ponían al día de nada en general. Todo seguía igual, entendiendo esto como el igual después de, no el igual en el que se amaron con devoción mutua. En estas misivas informáticas prometían cafés que en contadas ocasiones llegaron a compartir. Eran éstos encuentros fríos, desangelados. Aurora aparentaba sin saber qué papel representar, Jaime mostraba cordialidad y afecto, palabras que para ella sólo eran cenizas de llamas apagadas. Pasaron nuevos cruces de mensajes sin destino claro hasta que una mañana de finales de marzo él propuso hacer algo el fin de semana, ella secundó la propuesta bromeando sobre hacer una escapada a la aventura, como en los viejos tiempos (palabras prudentemente silenciadas). El siguiente mensaje de él fue escueto. De acuerdo. Te paso a recoger con el coche el sábado por la mañana. Dime a qué hora.

Pese a la alerta de Susana y Silvia, ya por entonces confidentes y paños de lágrimas pasadas, Aurora pasó con calma los días siguientes. La noche del viernes durmió como si nada especial esperase al amanecer y el sábado por la mañana marcharon bajo un cielo que amenazaba retomar la lluvia de la noche, nublado y precioso, temperatura saludablemente fresca en las calles que aún rezumaban humedad. Mi-

rando el mapa en alguna intersección de caminos (no olvidaría jamás la cabeza de él acercándose más de lo necesario a la de ella, *como si*) decidieron girar ahora por aquí, después por allá, y tras un trayecto en el que Aurora deseó bajar del coche y avanzar corriendo junto a él acabaron llegando a un pueblo perdido en la montaña, rodeado de bosque, sólo un hostel sin clientes. Aquel lugar era tan bueno o malo como cualquier otro. No buscaron más.

En la recepción del hotel un chico muy joven, alto y desgarbado, que no parecía encajar del todo en la armonía del lugar, les dio las llaves de la habitación tras la oportuna aclaración de Aurora respecto a camas separadas. En el cuarto, cada uno dejó su mochila sobre la cama escogida y Jaime, mirando por la ventana que daba a la fachada del edificio de enfrente, situado a no más de tres metros pues sólo les separaba un estrecho callejón, preguntó por qué no cambiaban el cuarto por uno con cama doble. El modo casual con el que lo insinuó parecía esconder su miedo a enfrentarse con la mirada de ella, inquietud que alimentó las llamas de una hoguera apagada hacía demasiado tiempo.

De aquel fin de semana Aurora recordaba paseos nocturnos por el bosque, susto incluido en el último de ellos que tenía que ver con una farola que se apagó cuando pasaban por debajo de ella en un momento en que sólo árboles y siluetas les rodeaban en la oscuridad y cómo descendieron al pueblo a paso ligero sin confesar el miedo. También tenía presente como si hubiese sucedido ayer la cena a base de bocadillos en un bar en el que unos ancianos jugaban al dominó, la máquina tragaperras que hacía sonar su melodía repetitiva sin que nadie jugara en ella, un televisor sintonizado en un partido de fútbol, el volumen en silencio, ninguno de los presentes prestándole atención. De la noche recordaba los dos tumbados en la cama viendo un programa del corazón en el que las nietas de una cantante que hacía décadas que había vivido su época de gloria, ya fallecida, exigían sus derechos hereditarios, cambio de canal y un reportaje sobre un pueblo americano en el que la mayoría de los habitantes subsistían gracias a una fábrica textil que había anunciado el cierre. Los lugareños a los que entrevistaban eran extraños, todos compartían rasgos comunes, una mirada vacía y una voz apagada que transmitía la sensación de no tener buena salud y esconder algo tras sus palabras. De la noche entrada Aurora no había olvidado cuando apagaron la luz, dulces sueños, ella girada hacia la izquierda, él que la abrazó por atrás sin ninguna intención, ella que no paró de moverse, quizá no recordase lo que era dormir con alguien abrazado, quizá porque era él quien la abrazaba. O acaso por llamar su atención, por hacerle ver que no estaba dormida. A fin de cuentas era él quien la tenía abrazada, quien provocaba el contacto.

Al día siguiente otro paseo. Dónde comieron, no recordaba nada. Después para casa. Ha estado bien. Hemos de repetirlo.

Desde entonces, correos anecdóticos, cómo va todo, ya ves, todo igual, hemos de tomar un café que nunca llegaría.

No volverían a verse.

—————

Por la noche quedó en evidencia que en Aurora había nacido un vacío plagado de dudas. Sopesó la idea de llamar a Marcos para que viniese a cenar a casa. Era su mejor amigo, el equivalente perfecto a Lorena, aunque fuese más independiente y hubiese sabido respetar la intimidad de la relación de su mejor amiga y Jaime en los tiempos dorados. Sería por eso que en aquella época los dos *partenaires* no se soportaron desde el primer momento y fueron pocas las ocasiones en las que coincidieron los cuatro. Al final, por vagancia de tener que preparar nada, cenó sobras mientras repasaba los apuntes de antropología (segunda carrera que inició a distancia por vocación y que hacía meses que dudaba que llegara a acabar nunca) y daba vueltas a la nueva duda de un día en el que no habían faltado interrogantes. Aquel fin de semana, lleno de sensaciones, aparecía ahora poco más real que el sueño de hacía sólo unas horas. La escapada al pueblo perdido era una isla en el océano, un oasis en el desierto de indiferencia y silencios, de olvidar el pasado para construir una nueva realidad en la que los dos jamás serían ni la sombra de lo que fueron. Sin embargo, aquella confianza a la hora de buscar destino, aquella cama compartida, el abrazo a medianoche. Había sucedido, pero, ¿era el recuerdo fiel a la imagen revocada? Lo era, ¿mas cómo se podía sostener cuando habían pasado casi tres años y no habían vuelto a verse, cuando pasaron de dormir juntos a saber poco y mal del otro?

En los meses que siguieron a la ruptura comprendió que no añoraba a Jaime tanto por ser él como por tratarse de la persona a la que le había correspondido el papel de provocar y compartir los mejores años de su vida. Mirado con frialdad, no era alguien especialmente interesante de conocer. Anodino, un punto aburrido aliñado con una personalidad egocéntrica tan carente de fundamento como contagiosa para quienes le rodeaban. Era más interesante a través de sus escritos que a través de él mismo. Sin embargo, en el contexto de lo que habían vivido juntos era imposible desentenderse de su presencia, obviar la huella que había dejado y pasar por alto la necesidad de perpetuarla en un tiempo en el que ya no tenía cabida.

Consiguió reprimir la tentación dos veces, pero a la tercera cogió el taburete de la cocina y se encaró al altillo, removió entre cajas y polvo, encontró ropa que no recordaba conservar y juró una limpieza a conciencia antes de encontrar lo que buscaba, una pequeña bolsa de plásti-

co con fotografías de la pareja que había escondido en lo más recóndito y de difícil acceso que pudo encontrar en la casa. Repasó las fundas de los carretes revelados en las que había escrito nombres de ciudades, fechas y celebraciones señaladas hasta que llegó a Delago 2005.

Se sentó en el salón y abrió el sobre que contenía las fotografías. Habían salido muy oscuras, el tiempo nublado y la profundidad del bosque provocaron que, aunque en el muestrario del carrete apareciesen veinte recuadros con imágenes, sólo nueve se hubiesen revelado en formato papel. En las once restantes se veían siluetas de bosques y él o ella posando, poca diferencia de las nueve que repasó una por una.

En la primera, Jaime estaba sentado en el suelo rocoso del camino que conducía del pueblo al bosque, una pierna flexionada bajo su cuerpo y la otra situada de tal modo que la rodilla quedaba a la altura de su pecho. Sobre esta última había recostado un antebrazo y miraba a cámara sonriente, relajado. Al fondo, en la izquierda de la imagen, varias casas se esparcían en el valle, las últimas alzando el inicio de la ladera de la montaña. Una nube negra cubría todo el cielo, Aurora no recordaba el día tan malo como se veía en la fotografía. En la siguiente aparecía ella apoyada en un árbol, brazos cruzados. Llevaba, igual que él, camiseta de manga corta y una chaquetilla anudada a la cintura. Los brazos cruzados podían ser por el tiempo que aceptaba la camiseta pero con reservas. Sin embargo Aurora imaginaba la situación, entraba en su propia imagen y, tres años atrás, miraba a cámara de nuevo, no, miraba a quien hacía la fotografía. Imposible no cruzarse de brazos, no tratar de disimular. En las siguientes imágenes lo mismo, bosque y oscuridad derivada de la maleza que les rodeaba, rocas, árboles y pendientes de hierba. En algunas era ella la protagonista, en otras él. Tampoco faltaban postales de meros paisajes anónimos. Entre medio, sorpresa, un lavabo, el del hostel, una botella de vino en la pica con agua que la cubría hasta el cuello, dos vasos de cristal esperando el momento. Había olvidado que compraron la botella, la refrescaron como pudieron y la bebieron mano a mano tumbados en la cama, riendo ante el televisor. No recordaba el momento de servir la primera ronda, si brindaron, si se miraron a los ojos, qué dijeron, qué promesas auguraba la noche. Las repasó por última vez. No había sido buena idea bajarlas del altillo, se sentía triste. Pero no era una tristeza insoportable. A diferencia de antaño, era consciente de lo ilógico de sentirla y si bien no hacía esfuerzos por combatirla, tampoco luchaba por librarse de ella. Era una pena que ya no dolía.

En esta segunda visión descubrió un detalle que había pasado por alto. Aparecía sentada en una roca alta, parecía que estaba de pie aunque sus piernas no sostuviesen el peso de su cuerpo. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y, aquí la novedad, en una de ellas sostenía

algo parecido a una libreta de bolsillo. Enseguida supo qué era. Allí estaban, en una explanada vertical, ella sentada unos metros por debajo. El juego era el siguiente. Cada uno debía decir lo primero que le viniese a la mente, el silencio de la naturaleza como fuente de inspiración. Incluso recordaba que apuntaba las palabras en tinta roja. ¿Dónde estaría esa libreta? Tenía una caja en la que las guardaba todas, pequeños diarios fragmentados en los que había transcrito, según la época, mensajes de móvil, chuletas de exámenes, chistes, pensamientos, experiencias. En algunas de las páginas anilladas se conservaban manuscritos de personas que en su momento fueron importantes, recuerdos indelebles y de ningún modo repetibles. En otras muchas aparecía Marcos, presencia transversal en su vida. Hacía tiempo que había dejado de practicar el vicio de llevar la libreta siempre a mano.

Tardó veinte minutos en encontrarla. Había removido la caja de arriba abajo con el miedo a enfrentarse a algo inoportuno, un poema de Jaime dedicado a ella que hubiese sobrevivido al paso de los años, un escrito. Pero sólo consultó libretas. Tenía la costumbre de comprarlas iguales, tapa verde, y ningún distintivo las diferenciaba. Repitió el proceso de las fotografías y se sentó en el salón como si fuese a iniciar un nuevo rito. Era la una de la mañana y no tenía nada de sueño. Leyó las pequeñas páginas. Una línea vertical las dividía en dos mitades, la primera con la inicial J, la segunda con la A. En la primera, los mensajes eran lacónicos, los turnos de palabra se aprovechaban para no transmitir nada o marcar distancias. Mujer en cuatro por cuatro con gafas lilas (Aurora creía recordar que se cruzaron con ella a la salida del pueblo; fue la única persona que vieron fuera de las calles), desconexión, frigorífico en movimiento (¿?), tranquilidad, inspiración para futuros escritos, esperanza para Alba y Adrián, hambre... Aurora sintió compasión por las palabras que escogió la Aurora tres años más joven, las que pasarían por su cabeza en aquel momento, las señales de humo que intercaló con la frialdad de él. Bienestar, luces y sombras, recuerdos. En la siguiente página acabaron las reflexiones a dos voces pero no las sorpresas. Un ticket doblado estuvo a punto de caer al suelo. Lo desplegó. Aunque las letras eran apenas legibles, reconoció la marca de una tienda de fotografías, el número de reserva de un pedido de revelado que databa de junio de 2005, dos meses después de volver del fin de semana.

En la cama ató cabos. Era cierto que llevó un carrete de repuesto porque al que estaba en la cámara le quedaban cuatro o cinco fotografías para acabarse. Si no estaba equivocada, el resto correspondían a una reunión familiar de la que no recordaba el motivo. Había recuperado la imagen de ella en medio del bosque quitando el carrete una vez lo hubo acabado y colocando el nuevo. Después, llevó a revelar el carrete, cogió

el resguardo, lo dejó en la libreta y aquí acababa la lógica. ¿Por qué nunca lo fue a recoger? La única explicación era que en un arrebatado de miedo a recaer en penas que ya por entonces empezaba a ver superadas había decidido guardar la libreta en la caja de penurias acumuladas. El que estuviese escrita sólo hasta la mitad, cuando acostumbraba a aprovechar hasta el dorso de la contraportada confirmaba esta teoría. Entre esto y su despiste habitual, olvidaría que había dejado el ticket entre las páginas y nunca pasó a recogerlo. Aunque ya le entraba el sueño, se levantó una última vez para comprobar si podía leerse la dirección de la tienda. Forzó la vista hasta que supo cuál era. No se veía bien el número, el tiempo había borrado la tinta de la impresión, pero por el nombre de la calle sólo podía ser una a la que durante una época fue con mucha frecuencia a revelar los carretes que ahora se amontonaban en el altillo.

Aunque durmió con la impresión de que iba a recuperar segundos perdidos de él, no soñó nada que recordase al día siguiente y la noche transcurrió plácida, caliente bajo la doble protección de abrigo que había previsto, descansada hasta que el despertador, un día después, recuperó su utilidad.



En el desayuno hizo uso de la socorrida excusa del banco para ausentarse del bar al que iba con sus compañeras. La tienda de fotografía estaba cerca del trabajo y a paso ligero podría ir y volver sin salir del tiempo establecido de descanso. Llegó a las diez en punto de la mañana. Al abrir la puerta del establecimiento, sonó un pitido de dos tonalidades. Una chica baja, de piel clara y cabello negro azabache dividido en dos mitades exactas por una separación que serpenteaba sobre su cabeza, salió del despacho interior y la recibió como si molestase, como si hubiese tenido la poca consideración de presentarse cuando apenas acababan de abrir. En el hilo musical un acordeón acompañaba unos violines que interpretaban música celta. La imagen de un anciano que jugaba con un perro en un paraje idílico rodeaba a Aurora en un muestrario de diferentes tamaños y tonalidades, siempre la misma sonrisa, siempre la misma intención de lanzar la pelota para que el animal, que la miraba expectante, fuese tras ella.

—Venía a recoger esto.

Le tendió el comprobante sin hacer referencia a la antigüedad del mismo, como si fuese un detalle sin importancia. La chica frunció el ceño y lo acercó a su cara.

—¿A qué nombre está?

—Aurora —o eso suponía.

La chica se giró con las cejas alzadas, como si fuese a desempeñar un papel, a sabiendas de que no encontraría lo que iba a buscar. Remo-

vió entre los revelados que se amontonaban en posición vertical en tres montones, comprobando la solapa de cada uno.

—Por ese nombre no hay nada. Esto es antiguo, ¿no?

—Sí.

—¿De hace mucho?

—Unos dos años y medio —susurró.

—¿Dos...? —La chica se giró y la miró como si acabase de descubrir que estaba siendo víctima de una broma. Pero el gesto convencido de Aurora no parecía indicar eso. —Este revelado no puede estar aquí. Imposible.

—Es que no he podido venir antes. Cambié de ciudad —se excusó, aunque a la chica parecía no importarle nada. —¿Sabes dónde lo podéis tener?

—No tengo ni idea, entonces ni siquiera trabajaba aquí. Quizá en el almacén. Puedo hablar con el encargado, pero hasta media mañana no llega. Si quieres puedes volver a pasar, o dejas esto —señalando al papel— y llamas cuando puedas. Ya te diré el qué. Cerramos a las dos y abrimos a las cinco.

Aurora llamó a la una y media. La misma chica (se reconocieron enseguida) dijo que el encargado recordaba que habían tenido su sobre durante muchos meses hasta que dieron por perdido el gasto de la impresión. Pero no recordaba haber destruido la copia, lo comprobaría en el almacén. Podía llamar por la tarde a última hora o, para curarse en salud, mañana.

La tarde transcurrió como era habitual entre discos grabados en la memoria del ordenador que se repetían en orden aleatorio y documentos y cartas de urgente resolución que no pasaría nada si se dejasen para otro momento. Por la noche colgó una lavadora, durmió relativamente bien y el miércoles despertó con el primer pensamiento de llamar a la tienda. En el desayuno explicó a Silvia y Susana lo del carrete. Las chicas se miraron con complicidad, como si presenciasen el veredicto que decantaría la victoria de una apuesta que Aurora desconocía.

—¿Me he perdido algo? —preguntó con una sonrisa.

—En el desayuno de ayer —dijo Susana— comentamos que lo del sueño no acabaría así como así.

—Está claro que no se puede faltar a estas tertulias sin que se hable de ti a tus espaldas —bromeó.

—De eso nada —objetó Silvia. —Te lo íbamos a explicar tan pronto como tuviésemos ocasión.

—Tan pronto como sacases el tema —añadió Susana.

—Tan pronto como hoy.

Sobre las doce llamó. La misma chica le dio la buena noticia. Lo tenían desde hacía semanas en una caja para tirar. Como nadie se deci-

día a cargar con ella hasta el contenedor, seguía en el almacén. Hubiera sido cuestión de días. Podía pasar a recogerlo cuando quisiera.

El jueves no necesitó inventar excusas para ausentarse del desayuno. Camino de la tienda pensó de nuevo qué sentido tenía estar ilusionada por lo que pudiese encontrar, acaso tres o cuatro fotografías más de él, cuya vida actual no es que no estuviese ya relacionada con la de ella (eso sería algo), sino que no tenía nada que ver, eran poco menos que desconocidos que se cruzaban por la calle y se miraban como si sus caras les resultasen familiares por algo y no supiesen discernir de dónde o qué. No tenía sentido preguntarse de nuevo por qué había estado tan cariñoso, etcétera, eso era tan cierto como que sí lo había estado y sí se había cuestionado el por qué, si no sería que se puso a prueba a sí mismo al respecto de sus sentimientos antes de iniciar una nueva relación, bla, bla, bla...

El mismo pitido de alarma, la misma música celta y el mismo anciano junto al perro la recibieron. La chica salió del despacho. Vestía unos pantalones vaqueros y una blusa negra ajustada que destacó una barriga de pocos meses, algo que Aurora no había detectado dos días atrás. Al acercarse, sin mediar palabra, le tendió la funda, que parecía nueva.

—Comprueba que sean las tuyas. Después de tanto tiempo solo faltaría.

Aurora comprobó en la primera copia, la que incluía miniaturas de todo el revelado, que eran las suyas. Reconoció en el primer recuadro a su hermana Beatriz en primer plano, sentada en una mesa en la que cabían unas quince personas, todos familiares reunidos en alguna celebración que no se esforzó en ubicar en espacio y tiempo. Su animadversión por esos encuentros con conocidos desde hace años que sólo se veían por motivos especiales sólo era equiparable a la que sentía por las primeras citas. Eran escenarios en los que se sentía insegura, el miedo a no saber qué decir provocaba que dijese tonterías de las que era consciente en el momento de decirlas, hecho que aún acrecentaba su nerviosismo y sensación de querer estar en cualquier otro lugar pues aún no había acabado la frase que ya se encontraba analizando la reacción que tendría en sus interlocutores. En resumen, una pesadilla social que lentamente la había apartado de su antaño numeroso entorno. A excepción de su hermana y Susana y Silvia, y a estas últimas porque las veía cada día, sólo Marcos se mantenía por ahora y para siempre como su otro yo, su guía de la guarda, la única persona con la que nunca se sentía incómoda y las palabras fluían como pensamientos en voz alta. Recorrió con la mirada en vertical las imágenes de la fiesta familiar hasta las últimas fotografías. Tanto el colorido como la estética eran diferentes al resto del carrete. Verde, mucho verde. Y ellos, unas veces Jaime, otras ella.

—Son estas, sí.

—Te hemos de cobrar por la tarifa actual, el sistema no admite precios diferentes, va por tipo de carrete y tamaño, ¿me explico?

—Da igual, lo que sea.

Estaba absorta en las fotografías. Mientras la chica comenzó a introducir datos en el ordenador que hacía las funciones de caja registradora, Aurora inició el recorrido por las imágenes. Había pasado las de la celebración de dos en dos, de tres en tres. La primera que le interesó le hizo cerrar los ojos y suspirar con fuerza. Habían dejado la cámara sobre una de las mesillas de la habitación (de ahí el borde anaranjado borroso de la parte inferior de la imagen) y con el automático se habían fotografiado. Jaime estaba apoyado en la ventana, ella delante, los brazos de él abrazándola por la cintura y el mentón apoyado sobre el hombro de ella. No recordaba ese momento. La fotografía podría pertenecer a cualquier época de cuando fueron pareja, pero en ese fin de semana en el que no pasó nada parecía estar fuera de lugar. Como el visionado del mapa con los alientos solapándose, el pedir una cama, el dormir abrazados. ¿A qué había jugado? Aurora se sentía, más que nunca, indignada.

Estaban tan guapos. Hacían tan buena pareja.

En la siguiente fotografía, aparecía paseando por una de las calles estrechas del pueblo, suelo y casas de piedra, silencio y vacío a su alrededor. Como en una sucesión, en la posterior aparecía Jaime de pie en una cuesta de tierra, el pueblo a mano derecha, señal que subieron la primera vez por el camino contrario al de las fotografías del segundo carrete. Jaime tenía un brazo extendido y el índice y pulgar separados tres centímetros como si quisiese abarcar el pueblo entero, que aparecía difuminado y contraído entre sus dedos. Guiñaba el ojo. El efecto había quedado bastante logrado considerando el poco acierto que tenía para estos juegos estéticos. La siguiente fotografía, Aurora en el bosque, sentada sobre una roca señalada por una indicación de senderismo, dos rectas horizontales paralelas, una amarilla y blanca la inferior. Otra imagen del bosque, otro momento recuperado, esta vez Jaime agazapado sobre la hierba, acariciando pensativo el tallo de una flor como si quisiese cortarla, como si sopesase la opción de hacerlo. Más mentiras.

—Serán quince con cuarenta —dijo la chica.

Pero Aurora no la escuchó. Había llegado a la última fotografía, la que iba justo después de la flor. No podía creer lo que estaba viendo.

— — —

El primer impulso fue apartarla del resto y decir a la chica que se había colado una fotografía que no era suya, pero sabía que era otra de las instantáneas que realizó aquel día. No tenía ninguna duda. Pese a que...

En el cuadrante derecho de la fotografía aparecía un niño al que no había visto en su vida. Tendría trece años, catorce a lo sumo. Era un chico de complexión delgada, piernas largas y brazos finos que caían indolentes junto a sus caderas. Iba descalzo sobre las hojas caídas y vestía pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Sus ropas estaban arrugadas y moteadas de manchas marrones como el barro seco. La camiseta se introducía por el costado derecho de la cintura del pantalón y caía sobre el muslo izquierdo de la pierna que tenía adelantada en posición de caminar hacia el objetivo de la cámara. Aparentaba tener agilidad, un cuerpo flexible.

Su rostro. Tenía el cabello aclarado, corto y despeinado de punta, aunque por la frente estaba aplastado de un modo forzado, como si en ese punto hubiese sostenido durante mucho tiempo algo pesado. En la frente, justo bajo este mechón pegado a la cabeza, Aurora vio una brecha del tamaño de un pulgar que, aunque parecía estar abierta, no sangraba. Los rasgos de su cara eran delicados y armoniosos, labios finos que en la boca entreabierta dejaban ver unos dientes blancos y bien alienados, nariz pequeña y ojos almendrados de claridad grisácea enmarcados por largas pestañas. En una de las orejas, ligeramente separadas, lucía un pendiente dorado. En otras circunstancias Aurora hubiera pensado que era un niño guapísimo, de anuncio. Sin sonreír ni mantener un gesto especialmente simpático, el chico transmitía afabilidad y confianza sin proponérselo, insinuaba la existencia de un mundo interior en el que merecería la pena perderse. Sin embargo, había algo más, algo que hacía que el conjunto no fuese del todo natural. Aurora no hubiera podido explicarlo. No hubiera sabido encontrar las palabras adecuadas.

Tras él se erguían árboles y matorrales que oscurecían y negaban la visión pocos metros más allá. Con la mano izquierda el niño apuntaba levemente hacia la cruz que se encontraba en la mitad contraria de la imagen. Eran dos hierros negros oxidados cruzados en perpendicular y clavados sobre la tierra del bosque. La señal estaba torcida, ladeada hacia delante como si hiciese una reverencia al abandono al que parecía dejada como si no hubiese sido más que un homenaje improvisado. Aurora rememoró el momento que había perdido con los años pero que recuperó de inmediato al ver la fotografía. Jaime y ella, en esta primera excursión, se encontraron con la cruz. A los dos les extrañó y fue ella quien se decidió a coger la cámara. Recordaba incluso que Jaime protestó pero ella argumentó que así acabarían el carrete. En efecto, al accionar el dispositivo, acto seguido la máquina comenzó a rebobinar la película y allí, en aquel mismo lugar, junto a la cruz, lo cambió antes de dar

media vuelta hacia el pueblo. Incluso —se llevó una mano a la boca— acababa de recordar que comentó que creía que le había salido torcida.

Y nada más a destacar de aquel momento. Habían estado tan solos como el resto del camino y, en general, el resto del tiempo que estuvieron alejados del pueblo, mujer del todo terreno aparte. Pero allí estaba ese niño. Sus pies descalzos pisaban hojas cuyo crujido parecía escucharse bajo su peso. Caminaba hacia la cámara, hacia ella. Estaba a no más de cinco o seis pasos de distancia. Hubiera sido imposible no verle. Pero si no le vieron fue porque no estaba. Allí, en aquel lugar apartado, no había nadie. Nunca escucharon pasos ni voces, nunca sintieron ninguna presencia que no fuese la del otro.

—Perdona, son quince con cuarenta.

Aurora alzó la vista de golpe, asustada por la voz. Por un momento había olvidado donde estaba. La dependienta se dio cuenta que algo no iba bien.

—¿Qué ha habido algún error? —preguntó con fastidio.

—¿Qué ves en esta fotografía?

—¿Perdona?

Aurora se la tendió y la dejó unos segundos en el aire, a la altura de la cara de la chica, que cada vez entendía menos.

—En esta fotografía, ¿qué ves? —Si sólo...

—Pues... una cruz...

—Sí...

—Y un niño... y no sé... unos árboles... es que no comprendo. ¿Qué se supone que debo decir?

Aurora volvió a mirar la fotografía. Por supuesto, el niño seguía allí. La dejó la última, junto al resto, y las guardó en el sobre.

—Yo tampoco comprendo. ¿Cuánto dices que es?

—————

Comprobó el reloj de muñeca, el de la pared del bar y de nuevo el que le había regalado su hermana. A uno y otro les diferenciaban tres minutos. Fuese cual fuese el que marcara la hora correcta, Marcos se retrasaba. Consultó de nuevo la pequeña esfera de su reloj, no tanto por comprobar los segundos que habían pasado como por la inercia de repetir un gesto que había perpetuado durante todo el día hasta el cansancio. Apuró los restos de patatas que habían quedado esparcidas por el plato y dio un sorbo agónico a la cerveza. Pocos clientes en las otras mesas, sólo un matrimonio anciano y unos jóvenes en el piso superior que a veces reían y gritaban al unísono. El camarero hojeaba cabizbajo una revista tras el mostrador, brazos rectos apoyados sobre la nevera de bebidas sosteniendo el peso de su cuerpo. Aurora esperaba que le mirara para alzar el vaso y pedir una segunda, pero algo que debía ser interesantísimo mantenía

al hombre sumido en una concentración que rompió un bostezo, fríega de cara y pase de página.

Hacía muchos años que se conocían a través de amigos comunes con los que curiosamente ambos habían perdido el contacto. Los primeros meses se vieron en fiestas de otros, motivos especiales de cumpleaños o fiestas de guardar. No fue hasta una noche que la lectura de un libro unió sus vidas para siempre. En una de tantas conversaciones anodinas se preguntaron por sus respectivas lecturas y descubrieron que no sólo estaban leyendo el mismo libro (*Los encuentros olvidados*) sino que estaban en el mismo punto de lectura, la protagonista en el balcón de su casa esperando a que regresase su hija con las maletas en la mano, el marido en la cama durmiendo, el pensamiento en otro cuerpo, otro hombre. Aurora les imaginó por un segundo en el mismo balcón, uno a cada lado de Jessica, la calle despertando al amanecer ante el trío melancólico. Rieron ante lo tonto del argumento pero la prosa que entretuvo sus momentos perdidos de aquellas semanas les unió como muchas conversaciones serias (que vendrían después) no podrían haber logrado.

La puerta de la calle se abrió y entró Marcos, al fin, cartera cruzada sobre su pecho, gabardina negra que le llegaba hasta las rodillas, la misma barba mal afeitada y cabellos recogidos en una trenza que podría rivalizar con la de ella. Se ajustó las gafas y entornó los ojos mirando al interior del local hasta que dio con su amiga que, ahora sí, tenía la copa alzada señalándola con la otra mano. Marcos pidió dos cervezas al camarero y se dirigió a la mesa.

—Perdón el retraso. Hoy tocaba claustro. Y tengo que corregir tantos exámenes para mañana que no sé qué hago aquí. Adivina cómo ha traducido uno de mis alumnos *O tempora! O mores!*

—No tengo ni idea, Marcos. —Siempre sucedía lo mismo. Sus anécdotas de corrección eran inagotables.

—O te rindes o mueres. La verdad, estoy dudando cuál de las dos opciones tomar. En épocas de exámenes ambas parecen de lo más atractivas.

Marcos había iniciado su andadura en el mundo de la docencia a través de su devoción por el mundo clásico y, en concreto, la formación en sus lenguas. En lo que recordaba como su época renacentista particular las clases que impartía se ceñían a latín y griego, asignaturas que enseñaba a varios grupos y que ocupaban su jornada desde que entraba hasta que salía del centro. Sin embargo, las continuas reformas educativas habían acotado su parcela vocacional a meras horas sueltas perdidas en el calendario escolar, fracciones horarias en las que disfrutaba cada segundo que dedicaba pero que le parecían meras piezas en el rompecabezas en que había devenido su trabajo. Su jornada actual distaba mucho de ser ideal. Tras un reciclaje que le obligó a pasar por varios cursos

formativos de adaptación pedagógica que, desde nociones de carpintería hasta la evolución psicológica del discente, añadieron a su currículum las aptitudes necesarias, por ley se convirtió en tutor de secundaria. Cada día repartía su presencia en la escuela entre materias anodinas que le aburrían más que a sus alumnos, carencia motivadora que le condujo a involucrarse en actividades extraescolares que retomaron el porcentaje creativo que veía necesario en toda educación así como alimentaron su necesidad de no perder de vista el mundo clásico.

El camarero trajo las copas y recogió la vacía de la mesa junto al plato. Aurora esperó a que marchase para abrir el bolso. Extrajo el sobre con las fotografías y se lo dio a su amigo. Había seleccionado las del fin de semana del carrete nuevo y las había juntado a las que tenía desde hacía años. La fotografía enigmática estaba intercalada hacia la mitad, como si fuese una más. Marcos cogió el sobre, alzando las cejas con cara de sorpresa agradable.

—¿Y esto? —Lo abrió y sacó el fajo entero. Su rostro se ensombreció al ver la primera fotografía, Jaime y Aurora apoyados en la ventana de la habitación. Alzó la vista, serio. —Aurora.

—Míralas todas, por favor.

—¿Qué es esto, una especie de castigo por algo que he hecho? No esperaba encontrarme otra vez con este imbécil. El escritor frustrado ataca de nuevo desde su limbo de obras no publicadas. No me libro de él ni en sueños.

—Por favor.

Había algo en la mirada de Aurora. Tras unos segundos, suspiró y comenzó a mirarlas, una por una.

—Esto es del fin de semana aquel, ¿no? La luna de miel posterior a la ruptura. Qué despropósito —comentó para sí. Al saberlo todo sobre la vida de su amiga, no necesitó introducciones. Sonrió, apartando la fotografía del vino en el lavabo. —¿Quién no ha hecho esto alguna vez? Con dieciocho años, me refiero, no con treinta. —Siguió mirándolas, una por una. —¿Y este niño? Me suena de algo.

—¿Te suena? —exclamó Aurora.

—No sé, puede. Le debo confundir con algún alumno, no estoy seguro. ¿Quién es?

Aurora le explicó, sin escatimar ningún detalle, el momento que hizo la fotografía, la cruz, el cambio de carrete. Una oleada de risas descendió desde el piso superior.

—Sí, ¿pero y este niño? ¿Qué hacía allí?

Aurora quedó callada. Marcos volvió a mirar la fotografía. La acercó a su cara y elevó las gafas a la altura de su frente, el mentón ligeramente alzado.

—A ver, dices que llegáis, haces la foto a la cruz para acabar el carrete, lo cambias, marcháis. Pero no me has dicho nada del niño.

—Es que allí no había ningún niño.

—¿Y éste? —señaló como si hablase con una de sus alumnas más distraídas. —Yo diría que es un niño.

—Marcos, ya sé que es un niño. Lo que digo es que Jaime y yo estuvimos solos todo el tiempo. Lo sé.

—No puede ser. ¿Te estás escuchando? ¿Y a qué viene esto ahora, tantos años después?

—Es de un carrete que he revelado esta mañana.

Marcos quedó callado. Miró de nuevo la fotografía, analizándola.

—Estás confundida, qué duda cabe. ¿Lo has hablado con él?

—¿Con Jaime? Hace siglos que no sé nada de su vida, y te alegrará saber que lo último que quiero es hacerlo.

—Nunca hubiera pensado que diría estas palabras, pero en este caso creo que deberías enseñarle la foto. Seguro que recuerda aquel momento mejor que tú y explicaría qué hacía este niño allí.

—Marcos, mírame. —Silencio. —Allí no había nadie, mucho menos un niño, *este* niño. Estábamos solos.

—Pues entonces debe tratarse de un error del revelado de la máquina. ¿No dices que el carrete es de hace años?

—Pero se reveló en su momento, no es eso. Además, llevo todo el día mirando la fotografía. Mira bajo la pierna derecha.

Marcos dejó la fotografía sobre la mesa, entrelazó los dedos y apoyó el mentón sobre sus manos. Sin moverse de esa posición, sin mirarla, afirmó:

—Te refieres a la rama que está un poco levantada porque con ese pie pisa el otro extremo.

—Exacto.

—Eso demuestra que ese niño estaba allí.

—¿Qué te he dicho? ¿Tú crees que si me encontrara un niño en medio del bosque señalando una cruz le haría una fotografía sin mediar palabra con él? ¿Y qué no me acordaría?

—¿Quién es, entonces? —Estaba pálido. Aurora sintió un placer cruel al comprender que la angustia de su mejor amigo significaba que la creía.

—No lo sé. Llevo todo el día dándole vueltas. Marcos, y lo digo muy en serio. ¿Crees en los fantasmas?

—La imagen que tengo de ellos es un poco más... etérea que lo que tenemos aquí. Este niño, aparte de esta herida de la frente, parece muy sanote. Tiene una mirada extraña, pero no sé, desde luego no se me ocurriría pensar que está muerto.

—Marcos, por favor.

—En serio, deberías hablar con Jaime.

Aurora negó con la cabeza, tajante.

—Ese niño no estaba allí. Punto. Y no me vengas con sugerencias colectivas, la fuerza de la mente influenciada o algo por el estilo. Durante el fin de semana no recuerdo que mencionásemos ni una sola vez nada paranormal. Sabes que estos temas nunca han sido santo de mi devoción. Aparte del hecho de estar allí los dos, claro. Y no has respondido a mi pregunta.

—Si creo en los fantasmas. Si no conoces a este niño, según dices, en caso que pasara por alto una manifestación de prejuicios y razones lógicas que luchan por abrirse paso entre mis palabras, diría que más bien es un espectro. Pero qué estoy diciendo —se llevó una mano a la frente, negando con la cabeza.

—¿Qué diferencia hay?

—Por lo que tengo entendido, un fantasma o un ectoplasma es, para entendernos, el tío Paco que te lo cruzas por el pasillo para comunicarse con su sobrina favorita porque quiere decirte algo. Un espectro que te cruces por el pasillo y que nunca antes le hayas visto, ni siquiera en vida, es que está allí por la energía del lugar, no necesariamente por ti, a quien puede que ni vea.

—No sabía que estuvieses tan puesto en el tema.

—Lo que más me gusta es el mundo de los extraterrestres, ya lo sabes. Pero esto es por deformación profesional. Los romanos eran muy creyentes, religiosos hasta rallar en la superstición. Tenían dioses para todo, incluso los dioses *manes*, de ultratumba, de los muertos. Y no sólo existen testimonios de apariciones que las tratan con una visión positiva, la presencia de la tradición griega y sus leyendas es obvia. Cuando incineraban o enterraban creían que el alma sobreviviría al cuerpo en algún lugar. Piensa que en los banquetes importantes dejaban un espacio en la mesa al fallecido. Por no hablar del óbolo en la boca con el que les enterraban para que pagasen con él al barquero Caronte en la última travesía por el Lago Estigia —se produjo un momento de silencio. —Además, digamos que me informé después de mi aventura con el peluche.

Aurora sabía de qué hablaba. Marcos vivió un verano de intercambio en casa de un matrimonio inglés. A partir de aquellas semanas mantuvo correspondencia fluida con ellos. En concreto se escribía cada dos semanas con él; la mujer se limitaba a firmar las cartas y enviarle besos con forma de cruces. Dos veranos después les visitaría en una segunda ocasión. A la vuelta, Marcos vino cargado de regalos para toda la familia de parte del matrimonio. A su hermana pequeña le trajo un perro de peluche que ella siempre tuvo en la cabecera de su cama. Una noche,

años después, Marcos tendría veinte y pocos, se fueron a dormir. Sus padres salieron de su dormitorio con el peluche en la mano, preguntando quién lo había puesto en su cama. Ni su hermana ni él lo habían cambiado de sitio y entre unos y otros no dieron importancia a la anécdota. Una semana después recibió una nueva misiva desde Inglaterra. Le llamó la atención que remitente y destinatario estaban escritos por la mano de ella. Dentro encontró el motivo. Hacía una semana Alfred había fallecido de un ataque al corazón. En concreto el miércoles pasado. A las nueve de la noche. La misma noche en la que, sin venir a cuento, toda la familia había pensado en él. No era algo de lo que Marcos soliese hablar.

—Pero no creas, las almas de los niños no lo tenían tan fácil. Cuando moría un menor de un año no se celebraba ningún tipo de duelo, era como si no hubiesen nacido. Hasta los diez años sí se celebraba pero en ningún caso era la celebración completa, eso se reservaba para los que morían a partir de esa edad, y en cualquier caso la trascendencia del rito aumentaba en proporción a la edad del fallecido. —Quedaron un instante en silencio. —Siguiendo con esta conversación tan animada —continuó—, este niño podría ser un espectro, si no fuese porque

—Me estaba mirando —interrumpió Aurora.

—Exacto. Sabía que estabas allí.

Los dos se quedaron callados.

—Hay una imagen que no me puedo quitar de la cabeza. Me refiero a Jaime y yo desde el punto de vista del niño, yo enfocando y él a mi lado, los dos mirando al vacío. Tengo miedo.

—Pensé que no lo dirías nunca. Hace cinco minutos que estoy aterrorizado —se giró al camarero, que esta vez sí que estaba mirando a la mesa, y alzó la copa. —¿Tu quieres otra?

Aurora negó con la cabeza, lentamente, la mirada perdida sobre la mesa, en el niño.

—¿Qué haces este fin de semana?

—¿A qué te refieres?

—¿Hay hotel en Delago? Claro, qué tontería, donde estuvisteis alojados.

—Repite eso.

—El qué.

—Lo del hotel, la pregunta de si hay hotel en Delago. Me ha recorrido un escalofrío de esos que se producen cuando crees haber vivido algo.

—Te lo preguntaría tu amigo Jaime.

Aurora trató de recordar ese momento, sin éxito.

—Puede ser.

—Propongo una cosa. Mañana te recojo en la puerta del trabajo. Lleva la mochila preparada. Tiramos carretera hasta el pueblo este. ¿Sa-

brás llegar? Nos instalamos en el hostel, cenamos tranquilamente y el sábado nos damos un paseo por el lugar este de la cruz. A plena luz del día, ¿eh?

—Estás loco. En la vida se me ocurriría volver allá.

—¿Te das cuenta de lo que pasa? Si ese niño no estaba con vosotros, al menos no de tal modo que pudieseis sentir su presencia, no se le puede ver ahora porque sí. Quizá quería decirte algo.

—Ese es quizás el principal motivo por el que no querría volver allí. No quiero que me diga nada nadie que no puedo ver.

—¿Y vas a pasar el resto de tu vida sin querer saber?

Aurora quedó en silencio.

—Tengo miedo, Marcos. Sabes que no es fácil impresionarme, que soy bastante terrenal y coherente menos en lo que a Jaime se refiere. Pero estoy asustada.

—Y yo, aunque estoy seguro que todo esto tiene una explicación lógica. Tómallo como un fin de semana, una escapada. Te aseguro que yo la necesito. Estoy de los niños, los vivos, me refiero, hasta aquí —situó la mano a la altura de su frente, como si quisiese ver a lo lejos. —A ti también te vendrá bien. Pongo la mano en el fuego a que no tienes ningún plan remotamente mejor que este. Y yo ni te explico, qué te voy a contar. ¡Pero si estamos hartos de hacer viajes juntos! Además, tienes otro aliciente. Si esta vez no hay sexo no será porque tu acompañante no quiera.— Aurora sonrió, a su pesar. —Es una promesa.

— — —

A las ocho menos cinco de la tarde del viernes Aurora recibió una llamada perdida de Marcos. Apagó el ordenador, cogió la mochila y deseó un buen fin de semana ante la indiferencia de sus compañeros. Marcos salió del coche y la ayudó a cargar la mochila en el maletero con más esfuerzo del que había previsto.

—¡Pero si solo vamos dos días! ¿Llevas la fotografía? —Aurora tamborileó el bolso con los dedos. —Vamos allá. ¿Preparada?

—Te lo diré cuando hayamos vuelto.

Ya era noche cerrada cuando iniciaron el camino. Aunque procuraron evitar el motivo y pensamiento único, fue ella quien rompió el hielo.

—¿Y qué pasa si el tío Paco está en el pasillo en condición de espectro y yo le veo? Quiero decir, se supone que él no me vería, no *estaría* allí por mí. Pero yo, si supiese lo que dijiste anoche y no cayese fulminada de un infarto, le haría señas esperando que me comunicase donde está escondido el tesoro de la abuela, ¿no?

—¿Insinúas que deberían llevar colgado un distintivo o algo así? ¿Una F o una E? Con lo que me gusta el humor negro y prefiero cambiar de tema. Me encanta que te lo estés tomando tan bien.

—¿Bien? No hago más que buscar temas para no decir que des media vuelta ahora mismo.

—Si no estás segura podemos dejarlo.

—Estás deseando que lo diga, ¿verdad?

—Más que una declaración de amor. No te lo quería decir pero he traído la navaja multiusos, por lo que pueda pasar.

Aurora apartó la mirada y la perdió en el pozo profundo que les rodeaba.

—¿No has deseado nunca bajar y recorrer a pie el camino que conduces?

—¿Perdona?

—Déjalo —quedó unos segundos en silencio. —Hoy he estado todo el día animada con esta locura. Ha ayudado bastante que he hecho lo imposible por no quedarme sola ni un segundo. Pero este paisaje —señaló a la oscuridad absoluta del exterior, sólo alterada por el halo de las luces de otros coches que deambulaban en la noche— no es de lo más alentador. Además, está la historia de la farola.

—La que se apagó cuando pasabais por debajo de ella. Puede que pisaseis alguna conexión sin daros cuenta.

—Puede, en sí lo de que se apagara no es tan extraño. Me refiero a que si se elaborase un estudio estadístico no descarto que el porcentaje de probabilidades fuese aceptablemente alto.

—Exacto.

—Pero que me dices de la segunda farola.

—¿Qué segunda farola?

—Cuando salimos del bosque, a paso más que ligero, nos situamos frente a la entrada y jugamos a ser valientes y plantear qué sucedería si volviésemos a adentrarnos entre los árboles. La farola apagada era la segunda comenzando por donde estábamos.

—¿Y bien?

—Jaime dijo que si se apagaba la primera farola cuando comenzásemos a acercarnos, sería una señal de que el bosque no nos quería allí y nos iríamos al hostel. El caso es que dio un paso, Marcos, un paso hacia el bosque.

—Y la primera farola se apagó.

—Justo cuando su pie se posó un palmo por delante. Y aquí no había ninguna conexión posible, estábamos a varios metros de distancia.

—Y me lo dices cuando ya estamos a punto de llegar.

—Si te digo la verdad, de lo de la segunda farola no me había acordado hasta ahora.

—Mira, cambiemos de tema. ¿Sabes qué me recuerda esta historia de la fotografía? Mi canción favorita de Femalovers, la de *I lost you when we did it...* —tararé.

—*Cause you never were my friend* —se unió Aurora. —Las Femalovers. No sé ni donde guardo su música.

—La habré escuchado cientos de veces, no te exagero. Pues recuerdo un día camino de casa que iba con los auriculares con el volumen al máximo y de repente percibí algo en la base de la canción. No tenía claro si era un instrumento más, quizá un violín.

—¡Un violín en las Femalovers!

—O alguna de las chicas susurrando algo con voz de falsete, lo cierto es que percibí algo en lo que no había deparado en ninguna de las innumerables veces que había escuchado la canción antes. Durante días cada vez que la comenzaba estaba pendiente del momento en el que sonaría esta sorpresa. Y aún así, créeme, en ocasiones se me escapaba y acababa la canción sin que lo hubiese oído. Ahora sé los segundos exactos en los que aparece ese sonido melódico y no me resulta nada difícil identificarlo. Pero durante mucho tiempo estuvo ahí y no fui capaz de darme cuenta. ¿Te das cuenta de lo que te quiero decir?

Entre dudas y pérdidas de orientación llegaron al pueblo a las once de la noche cuando por distancia podrían haberlo hecho antes de las diez (‘si no te gusta mi sentido de la orientación la próxima vez conduces tú, no me importa que no tengas carné’). Las calles estaban vacías. Los coches aparcados, últimos modelos, algunos grandes como pequeñas furgonetas, contrastaban con el carácter rústico de las casas. Un puente de piedra cruzaba un pequeño riachuelo por el que apenas corría un hilero de agua. Marcos se asomó para comprobar el mínimo caudal que bailaba sobre las piedras.

—El primer misterio de este pueblo es su nombre. No he visto nada parecido a un lago en kilómetros a la redonda.

—¡Cómo pude olvidar el puente! —exclamó con las manos en las mejillas.

—¿Ves como la mente puede jugar malas pasadas? El cerebro almacena información que no sabemos que retenemos hasta que algo activa el dispositivo del recuerdo. La trastienda del cerebro es un almacén inagotable.

—Sí, pero no es lo mismo olvidar algo que has visto que recordar algo que no, ¿no crees? Mira, allí está la pensión. Dormimos en aquella habitación —señaló al segundo piso.

—Si quieres podemos pedirla. Con un poco de suerte no habrán lavado las sábanas y aún quedará su olor.

Aparcaron en una pequeña plazoleta situada entre la entrada y el afluyente. Al salir del coche les recibió una bofetada de frío gélido. Cogieron las maletas y cruzaron hasta la pensión. La puerta tenía una cristallera a través de la que podía verse el interior, un pasillo que conducía a

la recepción y escaleras. Llamaron. Nadie salió a abrirles y lo iban a intentar de nuevo cuando Aurora comprobó, al girar el pomo, que estaba abierta.

—Esto se pone interesante. ¿Hola?

—Haz una fotografía. A lo mejor si la revelamos vemos a alguien que nos quiera atender.

No fue necesario. Una mujer de metro cincuenta, bata azul y moño mal peinado les dio las buenas noches con una sonrisa estudiada. Aurora pensó qué habría sido del chico aquel. Quizá fuese su hijo.

—Buenas noches. Queríamos una habitación.

—¿Para esta noche?

—En principio sí. Ya veremos mañana si la reservamos para otra más o no. ¿Habría algún problema?

La mujerladeó la boca y negó con la cabeza con fuerza como si le hubiese preguntado si dos más dos eran cinco, con la resignación de la hostelera que quería ser atenta con sus clientes manteniendo una paciencia infinita.

—¿Una cama?

—No.

—Sí. —Igual que la otra vez pero al revés. —Sí, una cama —en un aparte, a Marcos. —No me apetece dormir sola en este pueblo.

—Tenemos libre la ciento catorce, la más solicitada en temporada alta. Cuenta con un balcón con vistas al pueblo y las laderas que aunque ahora de noche no apetezca si mañana hace buen tiempo podréis disfrutar.

—No, mejor otra, esa no la quiero —se negó con rotundidad Aurora.

—¿Y eso? Porque no es la que compartiste con Jaime, ¿no?

—No, pero no me gusta la idea de ver la montaña desde el cuarto. Ni que el cuarto sea visto desde la montaña.

La mujer les dio las llaves de otra, incluida la de la puerta de la entrada pues a las doce echaban el cerrojo. Aurora reconoció enseguida el modelo de llavero de madera que acompañaba y triplicaba el tamaño de las llaves. La habitación asignada estaba en el tercer piso. Por dentro parecía un calco de la que compartió con Jaime, sólo cambiaba el color rojizo del edredón de la cama por el verde pistacho de la del piso inferior. Por lo demás, todo coincidía con un mimetismo de precisión calculada. Frente a la entrada, la puerta del lavabo completo. Antes de cruzar los dos metros de distancia, a la izquierda, el armario empotrado con puertas de cristal. A mano derecha, la habitación en sí, con la cama en el centro, mesillas a ambos lados y, al fondo, la ventana. Las cortinas color crema estaban recogidas en sendos lazos dorados. No afectó tanto a Aurora la visión del mobiliario como el olor que desprendía la dependencia, idéntico al que asociaba con la visita de hacía tres años.

Dejaron las maletas en el suelo y bajaron a cenar algo. La recepción estaba de nuevo vacía como la calle. No podía esperarse otra cosa de un viernes que inauguraba febrero en un lugar así, pero paseando en busca de algún bar abierto confiaron en encontrarse con algún aldeano. Sólo las luces de las farolas y los coches aparcados diferenciaban las calles de un pueblo abandonado. Aurora se detuvo en el escaparate de un estanco y, entre las barras metálicas de la verja, divisó entre los objetos turísticos las figuras de un anciano sentado en una roca, con el dedo alzado como si corrigiese o reprendiese a alguien.

—¿Cómo se llama?

Marcos introdujo la cara entre las rendijas pero no distinguió la inscripción de la base. Le pareció que el nombre comenzaba por A, no estaba seguro. Las figuras tenían diferentes tamaños pero todas mantenían patrones comunes de ropa (túnica que cubría el cuerpo entero) y rasgos faciales. Cara arrugada, orejas puntiagudas, ojos achinados y un gorro que caía hasta mitad de la espalda.

Sorteando la ladera del afluyente se descubrieron rodeados de montaña. Con el suave sonido del pequeño cauce sorteando piedras y plantas como acompañamiento musical, se detuvieron para mirar la majestuosa sombra negruzca que destacaba del cielo estrellado.

—¿Dónde está exactamente la cruz? —preguntó Marcos, brazos cruzados.

—Por ahí subimos la segunda excursión. La primera fue por el lado contrario. —Se giró y señaló otro monte, inferior en altura al primero pero de presencia más amenazadora. —Creo que estaba por allí. A mitad de sendero, cerca de la cima. Y aquella —bajó el brazo sin dejar de señalar en la misma dirección —es la farola que se apagó cuando pasamos por debajo.

Acabaron compartiendo unas patatas bravas y bocadillos calientes en el mismo bar de la televisión. Las ventanas del local daban al riachuelo y el sonido del agua avanzando sobre las piedras amenizó la cena improvisada. No había cambiado nada, ni siquiera el dueño del local. Aurora comentó que no le extrañaba que la otra vez también hubiesen ido allí pues no parecía haber otro bar abierto. Sólo el matrimonio de mediana edad que atendía el local y dos clientes sentados frente a la barra daban vida al lugar. Los hombres bebían y hablaban sin ganas sobre temas que desde la mesa parecían recurrentes, comodines para rellenar el silencio de la noche. Marcos suspiró.

—Este sitio es deprimente. El pueblo entero, me refiero.

—Tenía una imagen muy distinta. Es que hemos llegado de noche. Mañana lo veremos todo diferente.

Se miraron y sin abrir boca supieron que estaban pensando en el niño. El resto de la cena no dijeron nada en una particular comunicación silenciosa. Al ir a pagar, Aurora preguntó al camarero si sabía cómo se llamaba el duende.

—¿Qué duende?

—Eso es un invento de Paquita —intervino uno de los tertulianos de barra. —Para vender y que los que vienen de paso se lleven algo de recuerdo. Vamos, llevo aquí toda la vida y jamás he escuchado nada de ningún duende. Duendes en Delago —negó con la cabeza. —Se iban a morir de aburrimiento.

—Y eso que es el alcalde —apostilló su compañero de conversaciones. El dueño asintió.

—No le hagáis caso.

Llegaron a la habitación con la duda de si era o no el alcalde. Se pusieron el pijama y entraron en la cama. El frío era soportable.

—¿Nos lo estamos tomando en broma? —preguntó Aurora.

—Para nada. Pero si pensásemos seriamente, ni que fuese un segundo, lo que vamos a hacer, dudo que diésemos el paso, aunque aún no descarto la explicación lógica. ¿Y tú como llevas tus otros fantasmas?

—Bien. A decir verdad, muy bien. Me parece increíble que haya vuelto a un sitio que tuve tan mitificado —quedó en silencio. —Estamos locos.

—Tienes razón. Mira que no haber pensado en el vino. Y ahora con qué brindamos.

———

El día amaneció soleado y caluroso pero no dejaban de caer sin cesar gotas sueltas, perdidas. El pueblo parecía un lugar anodino; las montañas, meros parajes naturales en los que pasear y desconectar del estrés urbano. Era fácil trivializar en un ambiente tan tranquilo, creer por un momento que en el bolso de Aurora no estaba la fotografía que nada más levantarse habían vuelto a estudiar como si aún quedase algún detalle por descubrir. Cuando pasaron por delante del estanco, aún no eran las diez, seguía cerrado. En el bar una mujer estaba sentada en la misma mesa que ocuparon anoche. Lucía media melena rojiza que caía sobre sus hombros en rizos despeinados. Debía haber sido hermosa; mandíbula cuadrada, cejas finas, boca pequeña. Pero tenía una mirada desconfiada que afeaba el conjunto de su rostro y le daba un aire de mujer alocada. Abría mucho los ojos y no enfocaba correctamente. Era de aquellas miradas que denotan un mundo interior alterado.

—Paquita —susurró Aurora.

Pidieron los desayunos y botellas de agua y bocadillos para llevar y se sentaron en la mesa de al lado, junto a una chimenea en desuso que

estaba cubierta por una lona negra de plástico. La mujer hizo el amago de coger el bolso que tenía junto a la taza de café pero al darse cuenta de la brusquedad de su gesto se limitó a remover en su interior por mantener las formas. Cuando no encontró lo que tampoco buscaba, lo dejó donde estaba, ligeramente más cerca de ella. Al cuello colgaba de un cordel negro un duende idéntico a los del escaparate. Durante el desayuno sopesaron varias opciones entre la que se decantaron por decir la verdad.

—Perdone. —La mujer se giró hacia Aurora sin un atisbo de sonrisa de cortesía. Tuvo que reunir fuerzas para continuar hablando. —No he podido evitar ver el colgante que lleva, el duende —señaló su propio cuello para enfatizar sus palabras. —Anoche lo vimos en el escaparate de la tienda que está aquí al lado y nos preguntamos si tenía algún nombre, si era típico del lugar... —Silencio. —Es que venimos de fuera.

—Eso ya lo sé —Tenía una voz aguda, hasta cierto punto desagradable. —¿Habéis oído hablar de Aikrana? —Negativo. —¿Las aventuras de Aikrana?... ¿César Colet?... Es mi hijo. Escribe libros para niños aunque también ha publicado para adultos. No sólo fomenta la imaginación de los pequeños, también ayuda a encontrar la salida a los que ya han dejado de serlo —Aurora y Marcos se miraron. —Dejó el pueblo muy pronto y la gente de aquí no lo sabe, pero ha llegado a publicar más de quince novelas. En algunas escuelas se usa como libro de lectura —concluyó con orgullo, acariciando el amuleto.

Aurora miró a Marcos pero éste negó con disimulo. En su escuela no había escuchado nunca a ningún compañero hablar de un duende que se llamara Aikrana. Ni lo había visto en ninguno de los temarios comunes a todos los centros. La mujer había vuelto al café que por el aspecto debía estar frío. Aurora se arriesgó.

—Pensábamos que sería el personaje de alguna leyenda local. Vamos a dar un paseo por el bosque. ¿Nos aconseja algo interesante?

Había llegado el momento de las advertencias, de los no os adentréis, hay gente que explica cosas, se escuchan voces, se ven luces en la noche y siluetas durante el día. Aurora y Marcos nunca reconocerían que en el fondo hubieran deseado escuchar eso.

—Hija mía. Para mí todos los bosques son iguales. No entiendo qué obsesión tenéis los de ciudad con la naturaleza. Es aburridísima. Lo que os aconsejo es que os llevéis un libro de mi hijo. Bueno, adiós.

Se levantó como si alguien la hubiese llamado y fue a la barra a pagar. El camarero cruzó unas palabras con ella (sí, la llamó Paquita) y la despidió hasta la hora de comer aunque ella ya estaba tan cerca de la puerta que probablemente no escuchó las últimas palabras.

—Dan ganas de ir a comprarle nada.

—Sí, pero quizá me lleve un duende de recuerdo. Mira —sacó un bolígrafo de la mochila de excursionista y cogió una servilleta. Comenzó a escribir el nombre del duende al revés. ANARKIA. —El duende al que nadie podía gobernar —enunció con gesto profundo y voz grave. Hizo una bola con el papel y lo dejó en el cenicero. El semblante se volvió serio. —Vamos. Ha llegado el momento.

—

Anduvieron sendero arriba atravesando parajes que cambiaban según la altura del terreno. Al inicio del camino señalizado para senderistas una capilla resguardaba la imagen de una Virgen de manto negro a la que protegía una verja que le daba un aspecto desvalido, como si estuviese encerrada, más que en una urna, en una celda de castigo. Cruzaron un bosque de robles, se detuvieron a comer moras salvajes en una explanada y avanzaron el resto del camino a través de pinos. Salvo un susto provocado por un ruido que les siguió durante unos metros entre la maleza (a Marcos le pareció divisar un gato) no sucedió nada remarcable. Hacía muchos minutos que habían perdido de vista el pueblo aunque si no caminaban o decían nada, en el silencio más radical, podía escucharse el campanario de la iglesia anunciando las horas.

En una explanada que formaba un valle entre una ascensión a través del bosque y la siguiente subida encontraron junto a una masía una estructura de piedra circular, de unos tres metros de alto, a la que se podía acceder a través de una puerta de madera que estaba firmemente cerrada. Se acercaron. Aurora se detuvo ante ella y tocó la superficie rugosa de la construcción. A sus pies, alguien había podado la hierba de tal manera que tres números seis estaban unidos por las cabezas y colas formando una espiral.

—Es parecido a un símbolo celta —opinó Marcos. —Solo que en aquel se unen tres aspas.

—Es extraño pero estoy segura de haber estado aquí antes.

—¿Me he perdido algo? Estarías con Jaime, ¿no?

—No, con Jaime no pasamos por aquí. O anduvimos cerca pero lo pasamos de largo. Lo que estoy segura es que no entramos. Y sin embargo, he estado aquí *dentro*.

Marcos trató de forzar la puerta en vano.

—Debes de estar confundida.

—Es del año novecientos treinta y tres. No me digas cómo lo sé, pero es de ese año.

—¿Y dices que nunca has estado aquí? —Aurora negó con la cabeza. —Me estás asustando, ¿sabes?

—Ya somos dos.

A media mañana llegaron a lo más alto del monte. No había posibilidad de continuar y no habían visto la cruz. La anécdota de la construcción había quedado atrás dando paso al verdadero motivo de la excursión.

—Tal vez la hayan quitado.

—Quizá no estaba en este camino. Recuerdo que llegamos hasta aquí arriba pero no si hicimos este recorrido.

Sacó la fotografía. Rodeados por el mismo marco sobre el que destacaba la figura del niño desapareció todo humor o intrascendencia de dónde estaban y por qué. Aurora sintió un escalofrío que hizo temblar su cuerpo y Marcos la abrazó por la cintura sin dejar de mirar la imagen. Estuvieron unos segundos en silencio. Tres golpes de campana. La una y cuarenta y cinco.

—Vamos a bajar y meternos por los caminos laterales que encontremos.

Buscaron en vano. Desfallecidos, se sentaron sobre unas rocas y dieron buena cuenta de los bocadillos. No habían contado en ningún momento con la posibilidad de no encontrarla.

Entonces, se escuchó un ruido.

Aurora sintió lo que parecían pasos unos metros por encima de donde estaban repostando. Dio un mordisco a lo que quedaba de su bocadillo y miró a Marcos con tanta despreocupación como pudo fingir. Debía haber escuchado mal y no quería asustarse ni asustarle a él. Pero su amigo miraba, no sin cierto disimulo, al lugar exacto en el que ella había situado el sonido.

—¿Has escuchado algo?

Asintió. Quedaron en silencio. El mismo ruido. Otra vez. Y otra. Alguien caminaba por un camino que atravesaba el bosque paralelo al que ellos habían tomado. Y cada vez estaba más cerca.

—Volvamos al pueblo.

—¿Qué dices? —susurró antes de gritar. —¿Hola? —Silencio. Los pasos se habían detenido. —¿Hola?

—¿Hola? —respondió una voz de hombre.

—O tu niño ha crecido mucho o no es él —la tranquilizó. —¿Hola?

—¿Hola?

—Aikrana, el duende del eco —murmuró con voz temblorosa en el oído de Aurora, que le apartó de un manotazo. —Perdone —gritó. —Nos hemos perdido, ¿puede ayudarnos?

—Claro, esperen un momento que ahora bajo.

Los pasos se alejaron para aproximarse de nuevo. Por el camino apareció un hombre con una azada al hombro y un bastón en el otro. Llevaba una boina bajo la que asomaban por frente y nuca mechones blancos.

—Buenas. ¿De excursión?

—Ya le digo. Pero nos hemos extraviado. Quizá usted nos pueda ayudar.

—No faltaría más. Pero no tiene pérdida, para bajar al pueblo tenéis que seguir este camino todo recto. No tiene pérdida —repitió.

—No estamos buscando el camino de vuelta al pueblo. Buscamos una cruz que teníamos como punto de referencia de la última vez que vinimos.

—¿Una cruz? ¿Aquí en el bosque?

—Sí. Negra, de hierro, de esta altura más o menos.

Al hombre se le iluminó la cara.

—¡Vale! —alargó la a, *vaaaaaale*. — Pensaba que se refería a algún monumento religioso o algo así. Sí, mujer, ya sé qué cruz es. Está aquí cerca, si queréis os acompaño.

Le siguieron por el mismo sendero que habían recorrido pero en cierto punto el hombre apartó unas ramas y despejó un pequeño camino escondido entre la maleza. De no haber sido por él nunca se hubiesen dado cuenta de su existencia. Aurora miró a Marcos y se encogió de hombros. Ella tampoco entendía qué les llevó a Jaime y a ella a meterse por allí. Quizá hace tres años la entrada estuviese más despejada. El hombre, como si leyese su pensamiento, comentó lo mucho que había cambiado la zona.

—¿Qué había aquí antes?

—Huertos.

Marcos agarró a Aurora por el brazo pero lo soltó de golpe, aliviado.

—Había entendido muertos.

La cruz estaba igual que en la fotografía, así como la maleza, los árboles que la rodeaban. Aurora miró a izquierda y derecha. Estaban solos.

—¿Sabe el motivo por el que la alzaron aquí?

—¿Si lo sé? ¡La clavé yo! Hace tantos años. Pobre criatura.

—¿Criatura? ¿A quién se refiere?

—Murió aquí mismo. O aquí encontraron su cuerpo. Pobre. Muerte natural, dijo el médico. La familia nunca quiso hablar del asunto, dieron por bueno el diagnóstico y en eso quedó. Pero yo no me lo creo. Salud no le faltaba. Era fuerte como un roble para la edad que tenía. Nunca había sufrido ninguna enfermedad. Mi mujer que en gloria esté y yo tratamos mucho con sus padres y sé lo que me digo. Esa bendita niña no pudo morir de muerte natural.

—¿Niña?

—Sí. Marcela. Cinco añitos que tenía. Fue horrible. Una pena para todos. Era un encanto de criatura.

—¿La encontraron aquí?

—La familia había venido a pasar el domingo. Se hacía mucho, entonces, cuando aún había juventud en el pueblo. Los padres estaban un poco más abajo, cerca de donde nos hemos encontrado. Pese a lo pequeña que era conocía esto mejor que la palma de su mano y no era extraño que la dejaran marchar en busca de setas o flores bonitas. Pero aquel día no volvió. La buscaron a gritos. Otros vecinos que estaban cerca se unieron a la búsqueda, entre ellos mi mujer y yo. Las llamadas de la madre se transformaron en gritos de pena y dolor. Fuimos corriendo y la vimos aquí.

—¿Usted la vio?

—Sí. Hace más de cuarenta años pero lo recuerdo como si fuese ayer. Llevaba un vestidito blanco de flecos. Y en la cabeza una diadema blanca, sí, su cabello castaño recogido por la diadema. Estaba tumbada hacia atrás, intacta. Parecía dormir. Muerte natural —concluyó con tono despectivo.

—Si no cree que fuese eso, ¿qué cree que pudo suceder?

—No lo sé, hija. Me lo he preguntado muchas veces. No creo en nada que no vean mis ojos pero lo que le sucedió a Marcela no me pareció nada natural, que Dios me perdone.

—¿Conoce usted a este niño? ¿Le ha visto alguna vez?

Le tendió la fotografía. Marcos, que hacía rato que no sabía qué decir, miró la escena como si fuese una película en la que no pudiese intervenir, estuviese de acuerdo o no con lo que estaba viendo. El hombre la miró con detenimiento.

—Esto es aquí mismo —murmuró. —No, no sé quién es. ¿Qué le pasa en la frente?

Aurora y Marcos se miraron.

—Se cayó, jugando.

—Ya sabe como son los niños.

—Hombre, no es que se vean muchos por aquí.

—Más de los que cree —susurró Marcos al oído de Aurora. —Más de los que cree.